

SEGURIDAD ALIMENTARIA Y AGRICULTURA

Una alternativa frente a la crisis global

Piero Bevilacqua

Seguridad alimentaria y agricultura

Una alternativa frente a la crisis global

Traducción de
Pamela Rodríguez Padilla

PALESTRA EUROPA
MADRID – LIMA – 2024

CULTURA, SOCIEDAD Y POLÍTICA

DIRECTORES

Roberto Gargarella
Pedro P. Grández Castro

Seguridad alimentaria y agricultura
Una alternativa frente a la crisis global
Piero Bevilacqua

TÍTULO ORIGINAL

Agricoltura futura

Il sistema di produzione del cibo come paradigma di una nuova era
Slow Food Editore, Bra, 2023.

PRIMERA EDICIÓN noviembre de 2024

© Piero Bevilacqua

© 2024: Palestra Editores S. A. C.

© de la traducción: Pamela Rodríguez Padilla

Plaza de la Bandera 125, Pueblo Libre, Lima, Perú
Príncipe de Vergara 33 / 5°IZDA. 28001, Madrid, España
Telf. (511) 6378902 – 6378903
palestra@palestraeditores.com
www.palestraeditores.com

CUIDADO DE EDICIÓN *Jesé David Arias Aguila*

DIAGRAMACIÓN *Raúl Morales Herrera*

IMPRESIÓN Y ENCUADERNACIÓN

Tarea Asociación Gráfica Educativa

Pj. Maria Auxiliadora N.° 156, Breña, Lima, Perú
Noviembre, 2024

Hecho el Depósito Legal en la Biblioteca Nacional del Perú N.° 2024-XXXXX

ISBN: 978-612-325-XXX-X

TIRAJE: 500 ejemplares

Impreso en el Perú | Printed in Peru

Todos los derechos reservados. Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra, bajo ninguna forma o medio electrónico o impreso, incluyendo fotocopiado, grabado o almacenado en algún sistema informático, sin el consentimiento por escrito de los titulares del *copyright*.

A Vandana Shiva y Carlo Petrini,
amigos de los campesinos de todo el mundo

Todo aquello que consumimos lo produce la naturaleza. Todo aquello que nosotros producimos consume a la naturaleza.

Hans Immler, *Vom Wert der Natur*, 1990.

Contenido

1. Una premisa necesaria.....	11
2. La agricultura: de fuente de vida a problema ambiental	23
3. La tierra que se enferma, el suelo que desaparece	35
4. Un derroche insostenible	51
5. Los alimentos del petróleo	59
6. Comer, enfermarse y morir.....	65
7. ¿Es necesario el capitalismo para erradicar el hambre?	83
8. Una pirámide cada vez más alta.....	99
9. El trabajo vuelve a ser esclavizante	109
10. La más paradójica de las economías	121
11. Hay una alternativa.....	131
12. Prácticas campesinas y saberes científicos para la agricultura del porvenir	141
13. Los OGM o la biodiversidad: ¿ de quién es el futuro?	155
14. Las muchas agriculturas de nuestros tiempos	167
15. Una revolución cultural italiana	181
16. Un nuevo escenario mundial	191

1.

Una premisa necesaria

La que hasta hace algunos decenios era la voz solitaria y jamás escuchada de los estudiosos en lo individual, grupos de militantes y asociaciones por el medio ambiente, hoy se ha convertido, en casi todo el mundo, en sentido común de la ciudadanía, tema de discusión de los gobiernos y parloteo banal en boca de la clase política. El mundo está en peligro, los equilibrios que han sostenido al planeta por milenios están en peligro de colapsar. El futuro, aquel tiempo que la propaganda política y el sistema publicitario —cada vez más superpuestos entre sí— indican como el lugar de la felicidad consumista y de los viajes estelares, se ha convertido en una amenaza para millones de personas. La historia de la humanidad está por precipitarse en una cadena de desastres de potencia y extensión imprevisibles.

Sin embargo, al momento de interpretar y afrontar esta inquietante expectativa —relacionada con tiempos pasados, los próximos decenios, ciertamente con los tiempos geológicos de la Tierra—, surge una proyección reduccionista, una limitación del horizonte del futuro cercano. Toda la atención, tanto de los ciudadanos como de gran parte de

los gobiernos, está concentrada sobre los efectos más superficiales del cambio climático. La posibilidad de observar las imágenes del deshielo progresivo de los glaciares —las secuencias televisivas que ya nos son familiares—, del colapso de inmensas superficies del Ártico, Antártico y otras áreas extremas del planeta, de los campos aquejados por la sequía y de los ríos reducidos a riachuelos, absorbe casi completamente los temores y el imaginario de los problemas ambientales que se ciernen sobre nosotros. En efecto, el calentamiento global trae consigo una serie de consecuencias en cadena, muchas de las cuales son predecibles fácilmente o ya se han puesto en marcha, que justifican, al menos en parte, la atención casi exclusiva de los científicos y de la clase política. El alza de las temperaturas traerá consigo el aumento del nivel del mar en algunos metros, la desertificación de vastas áreas del planeta, la reducción del caudal de los ríos, la desaparición de lagos, veranos tórridos que incrementarán el consumo de electricidad en las ciudades, inundaciones desastrosas en los países tropicales y, en general, eventos extremos generados por el caos climático, aun en las regiones de clima templado.

Sin embargo, la reducción del complejo conjunto de los problemas ambientales únicamente al fenómeno del incremento de algunos grados en la temperatura terrestre no solo esconde otras cuestiones relevantes, sino que favorece el conservadurismo político que somete al plano de las soluciones que gobiernos, expertos y comunidades internacionales han concertado de antemano para las próximas décadas. Las intervenciones políticas y legislativas se concentran, de hecho, en la reducción de los gases en la atmósfera para reducir o contener el incremento de la temperatura media, recurriendo con mayor frecuencia a energías renovables, a fuentes no contaminantes, a la reducción de emisiones de tráfico, de producción industrial y de actividades antrópicas en general. Pero se buscan soluciones en las tecnologías, en la introducción de piezas de recambio de la máquina

productiva, para continuar como siempre, en la carrera hacia el crecimiento económico. Las soluciones, de acuerdo con los medios y los gobernantes, deben encontrarse siempre al interior del proceso de desarrollo capitalista.

Es justo decir que muchas veces se trata de intervenciones y proyectos necesarios, pero que no pueden realizarse fácilmente a corto plazo y a escala global. Pero son remedios limitados y dramáticamente insuficientes, frutos de un horizonte estratégico estrecho, todos inspirados en la vieja cultura desarrollista. Un vestigio inerte que agobia la mente de los contemporáneos y cierra los horizontes. Casi todos los actores institucionales, y con ellos la mayor parte de los medios que se ocupan del calentamiento global, confían que el objetivo se alcanzará mediante un osado plan de renovación tecnológica. El ejemplo más significativo es el proyecto de “transición ecológica” —que debería llamarse transición ambiental— al interior del Plan de Recuperación para Europa (*Recovery plan for Europe Next Generation*) presentado por la Unión Europea después de la pandemia de COVID-19. La solución del problema del clima (aspecto al cual se reducen todos los malestares del planeta Tierra) se ha confiado a la expansión de la energía solar, eólica e hídrica; a la reducción progresiva de la energía fósil; a producciones industriales caracterizadas por una mayor eficiencia energética y menos contaminantes; a la creación de carburantes “naturales”; al reúso de materiales y al reciclaje más eficiente de los residuos. Nada más que un proyecto de innovación productiva, una nueva fase de aquello que continúa llamándose *desarrollo*. Con una imagen se podría decir que casi todos los gobiernos del mundo ocupados en poner algún tipo de remedio a las disrupciones ambientales actuales desean limitarse a cambiar el combustible del tren, volverlo más limpio, sin alguna idea de cómo frenar la carrera, cambiar su trayectoria de lineal a circular, cambiar el paisaje de las relaciones sociales que lo alimenta. La transición ecológica es imaginada como una

nueva fase, más consciente desde la perspectiva ambiental, del viejo proceso de acumulación capitalista. Una nueva “revolución industrial” que deje invariables las relaciones de competencia y el conflicto entre los Estados, las jerarquías territoriales presentes, las relaciones sociales y de clase, la actitud extractiva respecto de la naturaleza, y continúe a incrementar la escala de la producción de bienes y servicios.

Cuan gravemente limitada y errónea sea esta perspectiva se intuye de inmediato al recordar lo que todos deberían saber: los problemas de la Tierra no se reducen al cambio climático, que es únicamente el aspecto más dramático e inminente de la cuestión, por la cadena de consecuencias que arrastra. En primer lugar, se olvida que los recursos son cada vez más escasos y limitados. El agua potable es limitada así como los manantiales, los cauces de los ríos, las tierras fértiles; limitada es la capacidad de los mares para efectuar la pesca, limitados son los bosques, limitados lo son muchos de los minerales utilizados aún en las tecnologías más sofisticadas. Pero la naturaleza no es finita solo en cantidad, entendida como masa de materiales disponibles: esta es una visión precológica que se resiste a morir. La naturaleza no puede seguir siendo pensada como una cantera destinada a agotarse por exceso de extracción. En algunos aspectos esto es cierto también, pero la naturaleza es mucho más vasta y compleja. Edgar Morin, junto con otros autores, nos ha enseñado, con sistemática amplitud de criterio, que la naturaleza es una red compleja de equilibrios que forma sistemas y no puede romperse en un punto sin que existan consecuencias, muchas veces imprevisibles, aun en ámbitos lejanos¹. Si deforestamos una montaña no ejecutamos únicamente una operación de carácter económico, produciendo leña para diversos

1 Remito esencialmente a E. Morin, *Il pensiero ecologico* (Hopefulmonster, 1988), 99 y ss., y, más en general, a “La méthode”, I, en *La nature de la nature* (Éditions du Seuil, 1977).

usos, sino que trastornamos un ecosistema. Cortando los árboles destruimos la biodiversidad vegetal y animal que habitaba la montaña, arrebatamos la posibilidad de vivir ahí a los mamíferos, reptiles, insectos y aves; impedimos que el agua de lluvia almacenada por el bosque y sotobosque forme los manantiales. El suelo de las pendientes, ya sin el manto vegetal, se desgasta por la acción del agua y es sometido a un rápido proceso de erosión; mientras que la pérdida de vegetación provoca la emisión de carbono en la atmósfera y la desaparición de una gran fuente de producción de oxígeno, provocando que toda el área en derredor sufra un aumento de temperatura, toda vez que el bosque cumple con una función de termorregulación. Como veremos en el resto del libro, a la agricultura industrial no le faltarán pruebas de estos mecanismos a cascada. Entonces, no debemos olvidar jamás lo que con síntesis fulminante ha afirmado Hans Immler, un estudioso alemán poco conocido en Italia: “Todo aquello que consumimos lo produce la naturaleza. Todo aquello que nosotros producimos consume a la naturaleza”^{2 3}.

En un país como Italia —cuya cultura de la naturaleza (*cultura naturalística*) se encuentra entre las más bajas de Europa— se excavan con gran facilidad colinas y montañas para construir autopistas y vías del tren, sin consideración alguna hacia las pérdidas de las aguas subterráneas, de la liberación de CO₂ en la atmósfera debido a las excavaciones, de la destrucción de los ecosistemas en los cuales viven animales silvestres, de los procesos de erosión del suelo que detonan, del alza de las temperaturas causada por la destrucción del manto verde, sin siquiera subrayar el consumo

2 H. Immler, *Vom Wert der Natur. Zur ökologischen Reform von Wirtschaft und Gesellschaft* (Westdeutscher Verlag, 1990), 10.

3 N. de T.: El autor tradujo al italiano todos aquellos textos provenientes de otros idiomas, mismas que fueron mantenidas en la presente traducción al español.

del suelo producido por la cementificación de edificios. Si la lluvia cae en los bosques, prados, campos o estanques, puede cooperar con la naturaleza, regresando inmediatamente al ciclo hidrológico, porque es absorbida por el terreno o las plantas; pero si cae en áreas urbanas, por ejemplo, sobre pavimentaciones y edificios, ya no podrá filtrarse en el suelo y alcanzar el mar velozmente. Menos agua hay en el terreno y los ríos, menos se evaporará de la Tierra.

La tarea que tenemos delante, tanto los Estados como todos nosotros, no es entonces el reducir únicamente los gases de efecto invernadero en la atmósfera y continuar la carrera económica, la búsqueda del aumento del PIB, de acuerdo con el viejo paradigma. Introducir en el mercado el automóvil eléctrico ciertamente mejorará la calidad del aire en la ciudad, pero no resolverá —es más, aumentará— el problema del tráfico: la dificultad para trasladarse —porque también el espacio es un recurso limitado—. A esto se añade que hoy los autos se recargan con electricidad producida mediante la quema del petróleo, es decir, aumentando los gases de efecto invernadero. Además, para construir un automóvil se necesitan grandes cantidades de fierro, aluminio, cobre, caucho, plástico, litio, cobalto, grafito para las baterías: materiales todos que requieren cada vez más amplias excavaciones minerales, en tierra y en el mar, la destrucción de hábitats vírgenes, el consumo de suelo y el consumo de cantidades inmensas de agua y energía⁴.

A este punto es necesario recordar que el equilibrio entre desarrollo capitalista y recursos disponibles, entre crecimiento ilimitado y estructuras ambientales, ha resistido

4 En lo referente a los costes del automóvil en términos de consumo de materias primas, ocupación del suelo, congestión urbana, véase C. Ponting, *Storia verde del mondo* (Sei, 1992), 363-364; G. Viale, *Vita e morte dell'automobile. La mobilità che viene* (Bollati Boringhieri, 2007). Sobre los trastornos producidos por el auto en un país como India, V. Shiva, *Ritorno alla terra. La fine dell'ecoimperialismo* (Fazi, 2009), 80.

hasta que el desarrollo ocurría dentro de los confines de los países occidentales y el Japón, es decir, en un área delimitada del planeta. Este equilibrio tuvo una duración temporal, como todos los fenómenos históricos. Era posible y compatible mientras que los países del sur global no conocían el desarrollo industrial y funcionaban como territorios de reserva y áreas de saqueo colonial. Pero hoy en día también estos países han sido arrastrados en el gigantesco proceso de desarrollo capitalista mundial y, con el crecimiento constante de la población, ejercen una presión cada vez más insostenible sobre los recursos y equilibrios planetarios. Por este motivo, el pensar que es posible enfrentar la contradicción fundamental de nuestro tiempo con la innovación, con nuevos instrumentos y dispositivos —un viejo sueño tecnocrático— es una ilusión que nos lleva a la ruina. Hoy, mañana o pasado mañana, siguiendo nuestro ejemplo, China, India, Brasil, Argentina —donde se concentra gran parte de la población humana— desearán construir autos eléctricos (si no es que ya lo hacen).

Entonces, ¿cómo se piensa resolver la competencia intercapitalista entre los Estados, cada uno de los cuales pretende el alza continua de los estándares de vida de las respectivas poblaciones, continuar con el crecimiento hasta que las tierras fértiles sean cada vez más escasas, el agua insuficiente, los bosques se reduzcan dramáticamente, los océanos se vean empobrecidos y contaminados, los espacios habitables se restrinjan y el acceso a los minerales sea cada vez más competido? ¿No es evidente para todos que al interior del paradigma capitalista-competitivo el desenlace final es la guerra, el ruinoso intento de los Estados más poderosos militarmente de prevalecer con la fuerza sobre los otros para acaparar los recursos aún disponibles?⁵ ¿No

5 Un cuadro histórico y un recuento dramático de las presiones hacia la guerra entre los Estados para la gestión de los alimentos está en J. Cribb, *Food or war* (Cambridge University Press, 2019).

es evidente aún para el observador más superficial que producir cada vez más (y a consumir cada vez más para sostener tal producción) es hoy, frente a los daños crecientes que infligimos a la Tierra, un modelo socioeconómico insostenible, ya agotado, ligado a una época pasada de la historia humana?

A este propósito, para comprender mejor el cambio de época que tenemos enfrente es necesario hacer referencia a un aspecto muy relevante y decisivo, universalmente olvidado por quien sostiene el crecimiento continuo. Una posición sostenida no solo por interés, sino por inercia mental, conformismo, retraso cultural, porque quienes tienen más influencia sobre la opinión pública no conocen otro camino, sino el que han recorrido. El desarrollo producido hasta ahora en todos los países del mundo ha sido sostenido por un pensamiento económico que en todas sus expresiones y tradiciones, desde el dominante —neoliberal— al keynesiano e inclusive el marxista (que no marxiano) se ha erigido sobre un encubrimiento gigantesco: la remoción de la naturaleza. No solo no se han tomado en consideración los aportes económicos incommensurables ofrecidos espontáneamente por los ecosistemas⁶: la base de cada actividad económica y obviamente de la vida misma, el mundo físico, ha sido literalmente cancelado por las teorías económicas. En el mejor de los casos se ha reducido a un mero factor de producción, a *materia prima*, que conlleva un determinado costo, sin cualidad y transformado en objeto inerte, en mera cantidad, implícitamente considerada como infinita.

6 El intento más sistemático de medir la contribución de los ciclos naturales de la biosfera (purificación del aire y del agua, eliminación de los desechos, producción de energía, polinización...) es de R. Costanza y otros, "The value of the world's ecosystem services and natural capital", *Nature* 387 (1997): 253-260. Véase también W. Sachs y M. Morosini (eds.), *Futuro sostenibile. Le risposte eco-sociali alle crisi in Europa* (Wuppertal Institute, Edizioni Ambiente, 2011), 183.

Podemos entonces denunciar aquella que quizás sea la paradoja más extraordinaria de la Edad Contemporánea, el gran hoyo negro de lo que llamamos modernidad, ya puesto en evidencia por los desequilibrios ambientales de hoy día: el gigantesco desarrollo capitalista mundial se ha erigido sobre un pensamiento teórico sin fundamento, un edificio metafísico colosal⁷. Por esta razón es necesario salir de la estrecha visión de una modernización tecnológica de la máquina capitalista para que todo continúe como antes. El problema ambiental no es, sino una eminente cuestión política: abarca la naturaleza del capitalismo, un modo de producción que ha generado durante tres siglos inmensas riquezas materiales, ha vuelto posible (gracias a las presiones de la clase obrera y las clases populares) procesos de emancipación y liberación humana y que hoy, una vez alcanzado la propia cúspide mundial, se vuelca hacia su contrario. Se ha convertido en una fuerza totalitaria que ocupa y devora cada fragmento de lo viviente. Debe ser reformado a profundidad, transformado en sus lógicas íntimas de destrucción. Empresa gigantesca pero ineludible, que no debe espantar a nadie. No se trata de llegar a desembarcar en la colectivización de los medios de producción, imaginando controles autoritarios centralizados de la economía. Hay que buscar soluciones originales con creatividad y coraje, experimentando arquitecturas institucionales inéditas, imaginando nuevos caminos, sin proponer nuevamente experiencias fallidas. Los grandes problemas no se enfrentan

7 Para una reconstrucción histórica sistemática de la cancelación de la naturaleza del pensamiento económico, desde Aristóteles a los fisiócratas y Marx, *cfr.* H. Immler, *Natur in der ökonomischen Theorie* (Verlag für Sozialwissenschaften, 1985). Un amplio comentario a este texto está en P. Bevilacqua, *Demetra e Clio. Uomini e ambiente nella storia* (Donzelli, 2001), 107 y ss. Para una reflexión sobre las disciplinas contemporáneas y el ocultamiento que hicieron de la naturaleza, P. Bevilacqua, "Saperi umanistici e saperi scientifici per ripensare il mondo", en *A che serve la storia? I saperi umanistici alla prova della modernità*, ed. P. Bevilacqua (Donzelli, 2011).

con viejos instrumentos solo porque son los únicos que se conocen. Veremos en los próximos capítulos lo que se está realizando en esta perspectiva, en el ámbito agrícola, en los campos del mundo.

Hoy existen riquezas en grado de garantizar condiciones de bienestar y dignidad a todos los pueblos de la Tierra. Solo se necesita distribuirlas con equidad, trasladando la finalidad de la producción de la búsqueda del beneficio a la utilidad colectiva, privilegiando el valor de uso al valor de transacción. Se necesita una nueva visión ética en nuestras relaciones con lo viviente: un planeta herido y enfermo requiere de una cultura del cuidado⁸. Por ende, se vuelve imprescindible reorganizar la estructura social, vieja a estas alturas, envoltura en ruinas heredada de los siglos de la Edad Contemporánea, que aprisiona una realidad económica de enormes potencialidades. Es necesario recortar a la mitad el horario de trabajo, liberar a los individuos de la fatiga incesante, encaminada a producir mercancías en exceso, requeridas no ya de necesidades efectivas sino inducidas por la publicidad, bajo el empuje competitivo entre empresas y economías capitalistas. Y el freno de la carrera entre los Estados para ver quién produce más, quién trabaja más, quién saquea más salvajemente su propia cuota del planeta, es solo uno: transformar la competencia intercapitalista en cooperación global. Es el paso difícil, pero decisivo y posible para iniciar la transformación del capital, impedir que cada país continúe, como un hámster enloquecido, a mover perpetuamente la rueda en la que se encuentra prisionero. Por este motivo la cuestión ambiental es en primer lugar, un difícil problema de política internacional, porque la reforma del capitalismo se puede poner en marcha solo a nivel mundial. La pandemia que desde hace más de dos

8 V. Shiva, *Dall'avidità alla cura. La rivoluzione necessaria per un'economia sostenibile* (Emi, 2022); G. Viale, *Dal lavoro alla cura. Risanare la terra per guarire insieme* (Interno4, 2021).

años devasta continentes, siembra muerte y desesperación entre todos los pueblos de la Tierra, no es sino uno de los tantos efectos que la destrucción del ambiente y la explotación capitalista han infringido a los seres vivos. Ella nos muestra, en su vastedad mundial, la ausencia dramática de una política, de un gobierno, de una regulación jurídica global. De ahí la necesidad de una nueva carta de derechos de los pueblos, pero también del planeta y de todas las criaturas vivientes, una “Constitución de la Tierra”, como la propuesta por Luigi Ferrajoli, que materialice

[...] un constitucionalismo supranacional capaz de colmar el vacío de derechos públicos producido por la asimetría entre el carácter global de los actuales poderes extraestatales y el carácter aún preeminente local del constitucionalismo, de la política, del derecho y de las funciones de gobierno y de la garantía relacionadas con estos⁹.

Pero una nueva política no puede nacer sin una profunda revisión cultural, inseparable de una antigua pero a la vez nueva mirada espiritual sobre el mundo. Es necesario sanear las conciencias de la última peste ideológica del siglo XX, el neoliberalismo, es decir, la ganzúa cultural con el cual el poder salvaje del capitalismo se ha desencadenado en cada ángulo del planeta. Es necesario colocarse frente al mundo, viviendo libres del economicismo saqueador del cual nuestra cultura está impregnada, adoptar un comportamiento de cuidado sin temor de que este pueda parecer ingenuo o puramente sentimental. Como ha recordado el papa Francisco en su valiente encíclica *Laudato si'*,

Esta convicción no puede ser despreciada como un romanticismo irracional, porque tiene consecuencias en las opciones que determinan nuestro comportamiento. Si nos acercamos a la naturaleza y al ambiente sin esta apertura al

9 L. Ferrajoli, *La costruzione della democrazia. Teoria del garantismo costituzionale* (Laterza, 2021), 394; *Per una Costituzione della Terra. L'umanità al bivio* (Feltrinelli, 2022).

estupor y a la maravilla, si ya no hablamos el lenguaje de la fraternidad y de la belleza en nuestra relación con el mundo, nuestras actitudes serán las del dominador, del consumidor o del mero explotador de recursos, incapaz de poner un límite a sus intereses inmediatos. En cambio, si nos sentimos íntimamente unidos a todo lo que existe, la sobriedad y el cuidado brotarán de modo espontáneo^{10 11}.

Y, quizás, para comenzar a presagiar un posible nuevo orden económico, capaz de desarrollarse fuera del paradigma capitalista, no hay ámbito más significativo que el de la agricultura y el sistema de producción de los alimentos. Este demuestra ampliamente la insostenibilidad —que ya no se puede ocultar— de la agricultura capitalista industrial. Al mismo tiempo, es justamente en los campos que hoy se descubren experiencias útiles, muchas veces decenales, en Europa y otros continentes, que muestran el camino hacia una organización diferente a la producción y consumo de bienes. El camino hacia un nuevo mundo posible.

10 Papa Francesco, *Laudato si'*. *Enciclica sulla cura della casa comune*, con una guía a la lectura di Carlo Petrini (San Paolo, 2015), 35.

11 N. de T.: La versión en español está disponible en: https://www.vatican.va/content/francesco/es/encyclicals/documents/papa-francesco_20150524_enciclica-laudato-si.html